

HOMOSEXUALIDAD EN MÉXICO A FINALES DEL SIGLO XIX

León Guillermo Gutiérrez*
Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Resumen: En este ensayo se analiza, a través de textos de diferentes géneros como son novela, ensayo, artículo, crónicas, memorias y notas periodísticas, la vida y costumbres de la población gay en la Ciudad de México a finales del siglo XIX, que al parecer se movía de manera despreocupada y hasta libre, podría decirse, en una ciudad que gozaba del progreso y de la modernidad de las grandes ciudades europeas. En este trabajo se intenta, como los paleontólogos, con las piezas encontradas reconstruir el cuerpo de lo que fue la homosexualidad durante el Porfiriato antes de 1901. Para el desarrollo he dividido el trabajo en seis apartados: *a)* El baile de los 41; *b)* Contexto histórico; *c)* El escándalo periodístico; *d)* Taxonomía del gay en México en el siglo XIX. Del pollo al dandy-lagartijo; *e)* Alcahuetes y prostitución; y, *f)* Homosexualidad en prisión. También se procuró que la investigación fuera lo más exhaustiva posible en cuanto a lo escrito sobre el tema en los diferentes géneros.

PALABRAS CLAVE: HOMOSEXUALIDAD, MÉXICO, SIGLO XIX, LITERATURA, LOS 41

* leongg@prodigy.net.mx

HOMOSEXUALITY IN MEXICO IN THE LATE NINETEENTH CENTURY

Abstract: *This essay analyzes, through texts of different genres, such as novel, essay, article, stories, memoirs and newspaper articles, the life and customs of Mexico City's gay population in the late nineteenth century, which seemed to move casually and even carefree, it could be said, in a city that enjoyed the progress and modernity of any major European city. In this study, I aim, as a paleontologist does, to reconstruct through the pieces found, the body of homosexuality during the Porfiriato before 1901. The essay is divided into six sections: a) The 41 Ball; b) Historical context; c) The journalistic scandal; d) Taxonomy of the Mexican gay in the nineteenth century: from the chicken to the lizard-dandy; e) Pimps and prostitution; and f) Homosexuality in prison. The investigation was intended to be as thorough as possible, regarding what is written on the subject in different genres.*

KEY WORDS: HOMOSEXUALITY, MEXICO, NINETEENTH CENTURY, LITERATURE, THE 41

EL BAILE DE LOS 41

Con más morbo que profundidad se ha tratado el tema de la famosa redada de 1901. Lo que no se ha dicho o escrito es lo que parece evidente: la existencia de una vida gay extendida a una gran comunidad en la Ciudad de México a finales del siglo XIX. Sólo baste ejemplificar que los 41 detenidos, en una población de 540 478 habitantes en la Ciudad de México en 1900, corresponderían a 687 de los 8 851 080 pobladores en 2010. Es decir, la fiesta aludida convocó a una gran cantidad de gays, y claro no fueron todos, por lo que se deduce su número hacia finales del siglo XIX era bastante considerable. Indudablemente, la literatura escrita desde entonces es la que arroja la luz de un espectro más amplio que la focalizada en un solo lugar y la que también utilizaré para revelar la vida y costumbres de una población que, al parecer, se movía de manera despreocupada y hasta libre —podría decir— en una ciudad que gozaba del progreso y de la modernidad de las grandes ciudades europeas. Para la realización de este

trabajo me he basado en textos de diferentes géneros como son novela, ensayo, artículo, memorias y notas periodísticas.

En efecto, todo comienza con el famoso baile de los 41 el 16 de noviembre de 1901,¹ que por inconsistencias periodísticas y de quienes han dado cuenta de ello en fechas no muy lejanas, han consignado erróneamente el 20 de noviembre. Los periódicos de la época cubrieron durante días la noticia de la detención de 41 homosexuales (que en realidad eran 42) con gran escándalo, fijando en la memoria colectiva hombres en vestimentas de mujeres con la publicación de los grabados de José Guadalupe Posada. Será hasta 1974 cuando en la revista *Contenido* en el número correspondiente a febrero, Miguel Capistrán se ocupe de retomar el hecho en una breve crónica desde la detención de los homosexuales asistentes al mencionado baile hasta el envío a Quintana Roo de algunos de ellos. La voz popular a través de la prensa hizo escarnio (utilizando la homosexualidad) de las costumbres de la alta burguesía. La sátira y la parodia encontraron un filón de oro para evidenciar la decadencia de la aristocracia mexicana. El famoso baile no fue el único (quizás el último); seguramente este tipo de reuniones eran bastante comunes en el último tercio del siglo XIX debido a que las condiciones eran propicias. En este trabajo intentaré —como los paleontólogos, con las piezas encontradas— reconstruir el cuerpo de lo que fue la homosexualidad durante el Porfiriato antes de 1901.

CONTEXTO HISTÓRICO

Para entender este fenómeno social es necesario considerar el contexto histórico. Como es sabido, con la llegada del general Porfirio Díaz al poder, llegó también la tan anhelada paz y, no sólo eso, el progreso económico dio un giro inusitado, convirtiendo a México en un país que se reconstruía a sí mismo con un rostro maquillado de modernidad europea. Para dar un

¹ Robert McKee Irwin es quien aclara la fecha verdadera del baile de los 41 (“Sexuality and social control...”).

panorama del vertiginoso ascenso económico transcribiré algunos datos de las estadísticas que Luis González consigna en el capítulo “El liberalismo triunfante”, de la *Historia general de México*:

La minería aumenta su valor a un ritmo anual de 6 por ciento. En el periodo de apogeo del porfiriato se aceleró la incorporación de los mercados locales al de México, y el de México al mercado mundial. Para 1885 ya un cuarto de millón de mexicanos eran mercaderes, los más comerciantes menudos. En 1881 los caminos de fierro miden 10 mil kilómetros. Continuarán avanzando a una velocidad anual que promedia los 500 kilómetros. El ferrocarril incorporará cada año a su red por lo menos una ciudad importante. Se hacen gastos mayores en telégrafos, correos y obras portuarias. En 1900 la red telegráfica es ya de 70 mil kilómetros, 40 mil más que doce años atrás. En 1901 se cuentan con 10 mil oficinas de correos. Gracias a comunicaciones y transportes, los múltiples pedazos urbanos se ponen en contacto, en asamblea permanente. (967-969)

Esta bonanza y el intercambio comercial con los países europeos —principalmente Francia, España, Inglaterra y Alemania— trajo consigo cambios sustanciales en todos los órdenes en la sociedad mexicana. Lo primero que hizo la nueva burguesía, también llamada aristocracia, fue la edificación de suntuosas construcciones al estilo francés:

Los terrenos entre las avenidas Bucareli y Reforma se transformaron en la colonia Juárez. Vista en las fotografías de la época, no se diferenciaba de una ciudad europea de su tiempo” (Quirarte 342). [El mismo Quirarte escribe:] La arquitectura refleja la prosperidad material de la urbe y todos contribuyen a esta labor de ensanche y ornato que enriquece a la ciudad y merma la economía de los estados (345).

La literatura no es ajena a estos cambios y utiliza la ciudad como escenario. Dos novelas dan cuenta de la metamorfosis de este espacio y de sus habitantes: *Santa* (1903) de Federico Gamboa y *Los parientes ricos* (1901) de Rafael

Delgado. En la primera, cuando Santa, en compañía del Jarameño, se dirige al *Café de París*, se hace la descripción de la agitada vida de la ciudad:

Partieron los carruajes en línea recta y uno tras otro, cuando la iluminación de la ciudad comenzaba, a tiempo que los enormes focos municipales que se mecen en las esquinas y a la mitad de las calles —mezclados a las innúmeras [*sic*] luces incandescentes que cubrían caprichosamente las fachadas del comercio rico— prestaban a la metrópoli mágico aspecto de apoteosis teatral. (Gamboa 70)

En *Los parientes ricos* se muestra sobre todo la deshumanización y la descarnada realidad de la desigualdad social de la ciudad, pero los protagonistas no escapan al asombro de la magnificencia:

A poco entraron en una calle amplísima. Voces de vendedores, avisos de tranvías, gritos de granujas que pregonaban periódicos, coches que iban y venían. La calle interminable: muchos transeúntes en las aceras; casas en cuyos salones iluminados se veían cortinajes magníficos; tiendas resplandecientes; tenduchos miserables; carnicerías iluminadas y lujosas; boticas somnolientas, que hacían alarde nocturno de sus aguas de colores; una avenida majestuosa; la arteria principal, ruidosa, espléndida, deslumbrante, en la cual los carruajes, a cual más hermoso, apenas cabían; tiendas magníficas, fondas aristocráticas, dulcerías soberbias; joyerías en que la riqueza competía con el aparato deslumbrador, y, por fin, una calle silenciosa y triste, oscura, desierta. (Delgado 106)

Es de suma importancia hacer notar que durante el Porfiriato se rompe el orden de libertad e individualidad social. Las clases quedan perfectamente estratificadas en la burguesía, una extendida clase media y una inmensa mayoría proletaria. Esta redefinición de las clases sociales se aleja de la posible versatilidad y movilidad social, para dar paso a una estructura rígida, emanada de un sistema socioeconómico fomentado y cultivado al extremo por la clase política, cuyo auspicio deviene desde el Presidente de la República y su entorno familiar. La diferencia abismal entre la ciudad y los pueblos la documenta Quirarte:

La ciudad polarizada[,] la correspondencia entre vestimenta y estrato social. Así lo advierte El Hijo del Ahuizote del 13 de septiembre de 1896, en su editorial “Las fiestas patrias y la plebe”: *Por supuesto que se divertían la aristocracia y los que con la aristocracia se codean: El pópulo bárbaro no tendrá vela en ese entierro, y voy a decir por qué. Como en años pasados tendremos carreras de caballos. La gente de levita estará en las gradas y el pueblo en la puerta. Habrá una función de pelota en el Eder Jai, y la distribución de la concurrencia será la misma que en las carreras. Se levantará un tablado, allí habrá mucho frac, mucho smoking y mucha levita cruzada. Tras del tablado, garrotazo limpio para el pueblo.* (327-328)

Con el advenimiento de la riqueza, las costumbres y diversiones de la burguesía se sofisticaron. Se construyeron grandes y magníficos teatros de estilo ecléctico y neoclásico. En el Jockey Club se daba cita la aristocracia, no faltaban los hipódromos y el paseo obligado por los nuevos bulevares anchos y arbolados, como fue el caso del Paseo de la Reforma. El refinamiento social público culminaba con la asistencia a la ópera. Las comodidades y el buen gusto se hicieron presentes en el ambiente doméstico con la adquisición de muebles de finas maderas, vajillas de porcelana, tibores, cubiertos de plata y exquisita cristalería provenientes de Europa. Tampoco faltó la instalación de los baños ingleses. La apariencia personal era primordial, de ahí que hombres y mujeres vistieran a la última moda sin escatimar dinero en ropas caras, cosméticos, perfumes y costosa joyería. La revista *El Mundo Ilustrado* fue la que con mayor ahínco difundía todo lo que era novedad a través de inserciones y reportajes publicitarios que daban cuenta de las preferencias de los productos de consumo de la alta sociedad mediante vistosos grabados y fotografías.

El dispendio en artículos suntuosos de la clase política lo consigna Víctor M. Macías-González:

In the summer of 1902, don Juan Antonio de Béistegui, then attaché at Mexican Legation in Paris, purchased a pearl necklase, earrings, and a coronet for Limantour's daughter, Maria Teresa, at a cost of 75, 350 French Francs. Even the Finance Minister, José Ives Limantour, routinely worked

as errand boy for the regime during his frequent trips abroad. In 1907, the first lady asked Limantour to purchase a small, dark-blue, Moroccan leather-upholstered, custom-built, 20-horsepower Renault roadster so that she could enjoy her morning ride about Chapultepec Forest in an exclusive and modern style. Limantour seemed to have been so busy shopping for the regime matrons that he did not think twice about marshaling the diplomatic corps to do his own personal shopping. In 1903, for example, he asked Miguel de Béistegui, *chargé d'affaires* in London, to procure a large porcelain service for him in France —and to ship it directly to his country chalet outside Mexico City. (231-232)²

Por si lo anterior fuera poco, el desmedido gusto por todo aquello que fuera de características europeas, incluyendo el fenotipo, alcanza al mismo Presidente de la República:

Porfirio Díaz surrounded himself with attractive young men, both as clerks and as presidential guards. What I am suggesting, however, is that Díaz and his collaborators perceived males European phenotype to be attractive and, consequently, hired these men to occupy posts of great visibility and prestige. The handsome men of the Iturbide Imperial family,

² En el verano de 1902, don Juan Antonio de Béistegui, entonces agregado de la delegación de México en París, compró un collar de perlas, pendientes y una tiara para la hija de Limantour, María Teresa, a un costo de 75 350 francos franceses. Incluso el ministro de Hacienda, José Ives Limantour, trabajó como habitual recadero del régimen durante sus frecuentes viajes al extranjero. En 1907, la Primera Dama pidió a Limantour que comprase un pequeño auto Renault, de color azul oscuro, tapizado en cuero marroquí, hecho a la medida, con 20 caballos de fuerza, para poder disfrutar de su paseo matutino por el Bosque de Chapultepec en un estilo exclusivo y moderno. Limantour parecía haber estado tan ocupado comprando para las matronas del régimen que no pensó dos veces antes de encargar al cuerpo diplomático sus propias compras personales. En 1903, por ejemplo, pidió a Miguel de Béistegui, encargado de negocios en Londres, conseguirle en Francia una gran vajilla de porcelana y enviársela directamente a su chalet de campo fuera de la Ciudad de México (traducción mía).

for example, obtained protection and lucrative posts from Díaz. (Macías-González 241)³

Pero quien verdaderamente dirigía y vigilaba la etiqueta y las “buenas costumbres” de la sociedad era Carmen Romero Rubio y Castelló, esposa del presidente. Carmelita, como era conocida, asistía a cuanto evento público se requería en su papel de Primera Dama, ya fuera de orden cívico, cultural o religioso. Formó y presidió todo tipo de juntas de socorro y beneficencia. Su poder lo extendía hasta las publicaciones y censuró el poema “Misa negra”, de José Juan Tablada, aparecido en 1898. El mismo Tablada escribe:

Eran aquellos los tiempos en que don Guillermo de Landa y Escandón, con su aspecto de *gentleman* desarraigado del *may fair* londinense, fungía de gobernador del Distrito; era también la época en que la opinión de doña Carmen Romero Rubio de Díaz influía en la ética social. (338)

Hasta aquí el breve panorama del contexto histórico que dominó en México el último tercio del siglo XIX, en el que si algo queda claro, es el ascenso acelerado de la economía del país, con la consecuente creación de una aristocracia que a toda costa quería ser europea y no perdía oportunidad de hacer ostentación de su riqueza, edificando mansiones al puro estilo francés y vistiendo a la última moda de los Campos Elíseos o las casas de alta costura londinenses.

EL ESCÁNDALO PERIODÍSTICO

La mañana del 19 de noviembre de 1901, los periódicos *El Diario del Hogar* y *El Universal* escribían en sus titulares: “Baile de señores solos” y “Baile de

³ Porfirio Díaz se rodeó de jóvenes atractivos, tanto empleados como guardias presidenciales. Lo que estoy sugiriendo, de alguna forma, es que Díaz y sus colaboradores notaron que el fenotipo de varones europeos era atractivo y, por lo tanto, contrataron a estos hombres para ocupar cargos de gran visibilidad y prestigio. Los hombres guapos de la familia imperial de Iturbide, por ejemplo, obtuvieron protección y puestos lucrativos durante el régimen de Díaz (traducción mía).

afeminados”.⁴ Desde ese día hasta el mes de diciembre no hubo periódico que no dedicara artículos sobre la noticia y su desenlace final. El tono y expresiones eran similares, el hecho fue catalogado como “repugnante” (*El Diario del Hogar*, 19 de noviembre); decían que omitían detalles “por ser en sumo asquerosos” (*El Popular*, 20 de noviembre) y “síntoma de la depravación” (*El País*, 22 de noviembre), de “afeminados conocidos” (*El Popular*, 24 de noviembre). *El Diario del Hogar*, *El Universal*, *El Popular*, *El País*, *La Patria* y *El Imparcial* siguieron la noticia convirtiendo el suceso en un verdadero escándalo periodístico a nivel nacional. Desde un principio los hechos fueron tergiversados; a ciencia cierta no se sabe si la policía de la 8ª demarcación llegó al número 4 de la calle La Paz a instancias de una denuncia anónima o si la misma policía se dio cuenta de lo que ocurría en el interior de la vivienda. Por ello podemos inferir que también pudo haber sido una delación de alguien que pretendía vengarse o poner en evidencia algo que ocurría con frecuencia ante la mirada elusiva de las autoridades y de la sociedad. El caso es que en el interior de la vivienda encontraron a 42 hombres (muchos de ellos vestidos de mujer, maquillados, con postizos y pelucas). Desde el inicio se le llamó “El baile de los 41”, porque quedó excluido uno de los asistentes: Ignacio de la Torre y Mier, nada menos que el yerno del presidente Porfirio Díaz, casado con la hija mayor del General, Amada Díaz. Según las notas de los periódicos, varios de ellos eran “pollos” conocidos que acostumbraban pasear en el bulevar de Plateros y eran hijos de buenas familias, es decir, pertenecientes a la aristocracia. José Guadalupe Posada no dejó pasar la noticia y documentó el hecho con grabados donde se aprecia la recreación del baile de hombres que bailan abrazados a otros hombres vestidos de mujer. A pie de foto se lee el titular: “Aquí están los Maricones. Muy Chulos y Coquetones”, seguido de las cuartetitas que relatan lo ocurrido de manera grotesca, detallando el atavío femenino de hombres a quienes llama: jotitos, lagartijos, mariquitos, jotones. Para 1901, el crecimiento económico ya había traído consigo una desigualdad sin precedentes, también se muestra el ocaso del sistema, el envejecimiento de la clase política, a quien llaman “la momiza”,

⁴Todas las citas de las notas periodísticas fueron tomadas de McKee Irwin (*The Famous 41...*).

y el consecuente descontento popular. La detención de los homosexuales fue el pretexto exacto para poner de relieve y ante la opinión pública la decadencia de la burguesía de la que ya estaba harta el pueblo. Detrás de la noticia podemos leer: “Como un abismo llama a otro abismo, sucede que la autorización al libertinaje —abismo fundamental del liberalismo— conduce por lógica ineludible, a los abismos de aberraciones, a primera vista increíbles. ¡Qué cuenta van dando los progresistas!” (*El País* 22 de noviembre). Todos los periódicos insistían en que muchos de los detenidos eran personas conocidas, hijos de familias burguesas. Quien va más adelante es Sebastián Lerdo de Tejada, presidente de México entre 1872 y 1876. En sus *Memorias* escribe:

La situación del México actual (1889) tiene semejanza sorprendente con la Francia napoleónica de 1858: se levantan edificios y fortunas, se improvisan capitales, una fiebre de especulaciones se desarrolla en todos los organismos, una cobarde afeminación subyuga las naturalezas más privilegiadas, se baila, la gangrena es envuelta en seda, la venalidad femenina se paga con ministerios, y la agitación nerviosa de todas las clases sociales, letales síntomas, se creen sean otras tantas manifestaciones de vitalidad perdurable. (234)

El texto de Lerdo de Tejada tiene 12 años de distancia con los hechos ocurridos en la calle La Paz, y ya señala cómo, de manera abierta, “cobarde afeminación subyuga las naturalezas más privilegiadas”. Lo que corrobora la tesis de que desde hacía tiempo se conocía la existencia de una comunidad homosexual extendida.

El caso de los 41 en México no fue un hecho aislado. El mundo estuvo globalizado hace cientos de años: Alejandro Magno lo inició y los romanos concluyeron la tarea. El caso es que en diferentes lugares se sucedieron casos similares. Graham Robb señala:

Pero los sodomitas como chivos expiatorios no eran exclusividad de Inglaterra. A finales del siglo XIX y principios del XX, algunos de los mayores escándalos en Francia, Alemania, Dinamarca y el Imperio Austro-Húngaro fueron atizados por las revelaciones sobre la sodomía. (138)

En el mundo occidental el juicio contra Oscar Wilde (1895) es un parteaguas: “Proporcionó a la homosexualidad moderna una fecha de nacimiento, un martirio carismático y algunas leyendas memorables [...] [y también afirma que] La edad más abiertamente represiva empezó con la muerte de Oscar Wilde en 1900” (Robb 55, 58). Las consecuencias de los escándalos tanto en Europa como en México tuvieron como efecto, por un lado, una represión hacia la población gay, y que la misma encontrara otras formas de vivir su orientación sexual de una manera más discreta y a salvo de las miradas ajenas, lo cual, seguro a muchos llevó a una vida de absoluta abstinencia por el miedo al oprobio. Pero, benefició a otros, sobre todo a aquellos que permanecían en la creencia de que eran los únicos a quienes el destino les había deparado la suerte de la homosexualidad: “Las redadas policiales y los juicios famosos, incluso pudieron tener un efecto alentador. Demostraron que había gente de un mismo pensamiento y que no todos los ‘sodomitas’ vivían en un aislamiento temeroso” (Robb 52).

Graham Robb señala que a los homosexuales los utilizaron como chivos expiatorios; lo que representa una respuesta más para afirmar que en México fueron usados de la misma forma para “castigar” y poner en evidencia las lacras de la clase política y de la burguesía que mantenían a la mayoría de la población en la opresión y en la absoluta miseria. Sin embargo, también es cierto que con la redada de 1901, la homosexualidad en México salió del clóset y dio inicio al reconocimiento público de lo que se mantenía en silencio: el homosexual, el que por desgracia hizo su entrada de manera dramática; humillación, burla, ignominia y deshonra fueron sus cartas de presentación ante la sociedad. Como bien afirma Robb: “La ley se ocupaba de los hechos, no de los deseos y convierte la historia homosexual en un largo relato de sodomía y prostitución” (31).

TAXONOMÍA DEL GAY EN MÉXICO EN EL SIGLO XIX. DEL POLLO AL DANDY-LAGARTIJO

Se ha dicho que la homosexualidad, entre otras cosas, es una construcción cultural; se le ha denominado de diversas formas en la historia de la humanidad y se ha discutido su aceptación o rechazo, significado y significante, pero

en cualquier época o lugar se refiere a personas que son atraídas afectiva y sexualmente por personas de su mismo sexo. Los términos han variado pero no su esencia. Fue en 1869⁵ cuando se empleó por primera vez la palabra *homosexual* para designar a las personas que tienen una orientación sexual por las de su mismo género. También es el siglo XIX el pionero en estudios sobre la materia y cuyo término estuvo enfocado al área médica y jurídica por considerar a la homosexualidad una patología y un delito. Se afirma que entre 1898 y 1908 fueron publicados más de mil trabajos psiquiátricos sobre la homosexualidad, siendo los alemanes quienes iniciaron las primeras investigaciones y quienes trataron de dar una definición y clasificación a este tipo de prácticas sexuales.

En México los antecedentes los encontramos en la literatura, y a través de ella es como se puede rastrear la evolución social y los nombres con los que fueron designados los hombres homosexuales, pero también cabe aclarar que en un principio nunca se refirieron a ellos de forma abierta. Es importante puntualizar que los términos *pollo*, *dandy* y *lagartijo* a finales del siglo XIX no se asociaban directamente con el comportamiento homosexual, debido a que el término, como tal, no formaba aún parte del léxico de aquella época. Por tanto, las palabras empleadas son expresiones ambivalentes cuyo significado cobra validez según sea el contexto en que es utilizado.

En este trabajo he procurado seguir la terminología en la que dichos apelativos se corresponden con la homosexualidad, no sin riesgo de que quede encubierta su precisión. Aquí intentaré hacer una reseña de la historia de estos hombres en la segunda mitad del siglo XIX. El primer apodo o apelativo que encontramos, además del de “afeminado”, es el de “pollo”. José Tomás de Cuellar, en su novela *Ensalada de pollos* (1869), hace una descripción de cada uno de estos tipos. Al inicio de su “Monografía del pollo”, escribe: “Aunque el joven ha existido en todas las edades y bajo todas las latitudes, el pollo es esencialmente del siglo XIX y, con más especialidad, de la época actual, y todavía más

⁵ En 1869, Karl Heinrich Ulrichs publicó algunos estudios monográficos titulados “Investigaciones sobre la clave del amor entre hombres”, y en 1886, Richard Krafft-Ebing publicó el clásico *Psychopathia Sexualis*, sobre las desviaciones sexuales.

particularmente de la gran capital” (31). Más adelante, clasifica a los pollos en cuatro categorías: “pollo fino, pollo callejero, pollo ronco y pollo tempranero” (32). El primero pertenece a la burguesía —de ahí lo “fino”—, lo describe como: “El hijo de gallina ‘mocha’ y rica, y gallo de pelea, ocioso, inútil y corrompido por razón de su riqueza” (32). Al señalar las causas determinantes del aumento de los pollos de las cuatro clases, no duda en afirmar: “La primera, el torrente invasor de la prostitución parisiense” (33). Como puede observarse, dos elementos determinan la creación de un nuevo tipo en la sociedad de la capital de México, el primero es ser hijo de padres acaudalados, y por esta misma condición convertirlo en un ser inútil y corrompido. El segundo es la temprana influencia francesa que trae consigo la práctica de la prostitución. El mismo autor en *Chucho el Ninfa* (1871) no escatima en la descripción de los afeites que usa el protagonista, que a saber es un pollo:

El uso del *coldcream* había realizado su ensueño de tener una tez virginal; había logrado mantener arqueadas las pestañas, calentándoselas con un instrumento de su invención; se pintaba los labios con carmín, y tenía diez preparaciones diversas para conservarse la dentadura. Había logrado convertir su cabello lacio y opaco en ensortijado y brillante; conocía todas las preparaciones adecuadas al efecto, y empleaba gran número de peines y cepillos de tocador. (211)

En ambos casos, los pollos nos hablan de la existencia en esos tiempos de hombres afeminados que bien pudieron haber sido homosexuales, pero que se llevó a cabo la política de no hablar de ellos o del tema para hacerlos parecer inexistentes o invisibles, para cumplir la sentencia: lo que no se nombra no existe. Aun así queda claro que desde esos tiempos existían hombres que ocupaban mucho de su tiempo en el esmero de su arreglo personal, el cual iba desde el cuidado del rostro hasta el último detalle de la elegante indumentaria, cuyo obvio propósito era ostentar ante los demás la galanura de su presencia. Al pasar los años y con la prosperidad económica del Porfiriato, los pollos se convirtieron en los dandys de su época a semejanza de los europeos, es decir, jóvenes producto de la clase burguesa que extremaron el refinamiento en

el vestir con gran conocimiento de la moda debido a la aparición de gran variedad de artículos y la facilidad para adquirirlos. Estos jóvenes además gozaron de una educación esmerada, aprendían idiomas —sobre todo francés— y viajaban constantemente a Europa por placer o por estudios. Su presencia se hizo patente no sólo en eventos públicos y fiestas en los salones de las grandes mansiones, el ocio los llevaba a pasear en las grandes avenidas, pero se hicieron famosos por su estancia prolongada en el bulevar de Plateros. Rápidamente fueron conocidos y apodados como “pollos” y “lagartijos” por su exposición a los rayos del sol en la calle de Plateros, y de la inutilidad de sus vidas. Alejandro Brito, en el prólogo al libro *Que se abra esa puerta. Crónicas y ensayos sobre la diversidad sexual*, de Carlos Monsiváis, consigna la descripción que Daniel Cosío Villegas hace de los pollos:

Sombrero de jipi de ala microscópica y piquitos limítrofes y cinta multicolor; peinado de castaña lo más abultado posible en la región del cogote; onditas melancólicas sobre la frente, clavitos errantes al nivel de las orejas, bigote retorcido en cola de alacrán, cuellos espejeantes hasta más arriba de las orejas, corbata tornasol o cuando menos de siete colores, zapatos amarillos con punta de alfiler, pantalón angosto cual funda de paraguas, saco rabón cintado coquetamente para lucir el flexible talle. Detalles: uñas largas, olor a almizcle corriente, clavel en el ojal, o también flores de grande y llamativa corola; pañuelo con monograma pequeño, asomando la punta en el bolsillo del pecho; bastoncillo de mimbre muy delgado, guantes de color ladrillo y de piel de pelícano, puños hasta la punta de los dedos, con mancuernillas de turquesa; brillantina en el bigote, glicerina en las orejas, vaselina en el cabello, lanolina en las mejillas, ongulina en las uñas, carmín en los labios, pomada en los copetes y otros afeites que varían según la fantasía del individuo, y que lo azucaran todavía más, haciéndolo más retrechero, más pérfido y conquistador. (28)

Estos dandys, pollos o lagartijos pronto fueron repudiados por la clase media y el pueblo, quienes veían en ellos el colmo de la decadencia y el derroche. Representaban una burla y una agresión sus costosos atavíos y su ociosidad

para una población extenuada por las largas jornadas de trabajo a cambio de un mísero salario. Robert McKee Irwin observa:

The dandy may have served as a symbol of civilization, modernization, and even patriotism for Mexican upper classes of the era, but he also became a symbol of bourgeois corruption and decadence for Mexico's incipient revolutionary forces. (12)⁶

En las notas periodísticas del escándalo del baile de los 41, con insistencia se señala acerca de los detenidos que: “Fueron reconocidos algunos de los pollos de Plateros que diariamente se ven por ahí” (*El Popular* 20 de noviembre); “Muchos de ellos son personas conocidas” (*El País* 22 de noviembre); “Entre los aprehendidos hay muchos que han figurado en el boulevard de Plateros y son hijos de buenas familias” (*La Patria* 22 de noviembre); “Afeminados conocidos” (*El Popular* 24 de noviembre). En el grabado de José Guadalupe Posada titulado “Los 41 maricones encontrados en el baile de la calle de la Paz el 20 de noviembre de 1901” y en la hoja volante impresa por Venegas se puede apreciar que los que vestían de hombre llevaban puestos elegantes fracs y levitas propios de la aristocracia. Todo lo anterior confirma que, al menos en la Ciudad de México, gran parte de la población estaba al tanto de que entre la clase alta se encontraban muchos jóvenes homosexuales, y que el evento fue la ocasión propicia para nombrarlos con todas sus letras en los titulares: “Los 41 maricones”. Así fue que en 1901 la comunidad gay pasó del silencio al estruendo, de la invisibilidad al protagonismo de nota roja. La recreación de la vida gay de los burgueses de finales del siglo XIX, la encontramos en la novela *Los Cuarenta y uno: Novela crítico-social* escrita por Eduardo A. Castrejón (1906), quien toma como base del argumento la fiesta del 16 de septiembre en la casa de la calle La Paz donde ocurrieron los

⁶ El dandy podría haber servido como símbolo de civilización, modernización e inclusive patriotismo para las clases superiores mexicanas de esa época, pero también se convirtió en símbolo de la corrupción burguesa y decadente para las incipientes fuerzas revolucionarias de México.

hechos.⁷ El autor desde un inicio describe a los protagonistas como “jóvenes aristócratas”. En el primer capítulo leemos:

En la casa aristocrática de *Mimi*, adornada con exquisito gusto y la sala elegantemente amueblada. En la extensa sala, las innúmeras bombillas de luz eléctrica que la alumbran hacen un armonioso conjunto con las pantallas de formas caprichosas, así como con varias estatuas de mármol de Carrara sobre pedestales de bronce. Un lacayito de quince años, guapo, de ojos azules con mirada voluptuosa y melancólica. (95)

En la descripción encontramos los elementos europeos afianzados en la burguesía, como era la ornamentación de las casas con finos muebles, objetos de arte de costoso mármol y bronce. Mientras que en la mayor parte del país aún no llegaba la electricidad, las casas de la aristocracia eran alumbradas con finos candelabros de luz eléctrica adornados con innumerables cristales. La edad y la fisonomía del lacayito lo hacen parecer la encarnación del deseo del homosexual: un hermoso efebo dispuesto a servir. En este caso vemos que el modelo no tiene ni el más mínimo rasgo de mestizaje. Ser fino, educado y refinado equivalía a cultivar todo aquello que fuera europeo y, con mayor precisión, francés. Sobre las costumbres de estos lagartijos, Víctor M. Macías-González, en su artículo “The Lagartijo at The High Life”, escribe:

While traditional interpretations of gendered nature of consumption at the turn of the century would have us believe that the ideal consumer was a married upper-middle-class woman, evidence from advertisements,

⁷Lo que hace el autor es erguirse en el juez y portavoz de una sociedad que veía con total desprecio todo aquello que atacara los principios católicos, base de la conducta pública y privada de los mexicanos en la época porfirista. Sin mérito literario alguno, Castrejón da rienda suelta al morbo al tratar de recrear los sucesos de 1901, ridiculizando a los protagonistas desde sus motes femeninos, así como sus grotescos comportamientos. El objetivo único es anatémizar la homosexualidad (Gutiérrez 166).

novels, diaries, and oficial correspondence suggests that Porfirian Mexico's ideal shopper was the lagartijo or elegant middle —to upper— class male. (227)⁸

En la novela, el autor, Eduardo Castrejón, estaba familiarizado con el lujo y las excentricidades de la aristocracia, y es posible que, además de las notas periodísticas, también haya tenido acceso al testimonio de algunos de los participantes en el baile, y no obstante, su objetivo haya sido denostar la homosexualidad; en algunos pasajes se recrea la descripción de la belleza masculina; así, no repara en señalar que uno de los protagonistas era: “Un Hércules, de rostro seductor y varonil” (95). También observamos que todos los personajes de la novela son adolescentes, algo que se aleja de la realidad, tomando en cuenta que Ignacio de la Torre (el asistente excluido) tenía 35 años de edad. Un dato significativo que nos sirve para saber cómo la comunidad gay se enteraba de las fiestas, lo consigna en la narración: “Se hicieron tarjetas de invitación para repartirlas entre los parroquianos de confianza” (100). Lo cual corrobora la nota de *El Popular*: “Había algunos individuos que fueron víctimas de un verdadero chasco pues que, en las primeras horas de la noche del domingo se repartieron en varias cantinas unas tarjetas firmadas por una Sra. Vinchi en las que se invitaba a un baile en la casa citada esa misma noche” (24 de noviembre). La influencia francesa de la que ya se quejaba José Tomás de Cuellar, en la novela se hace patente en el personaje llamado don Pedro de Marruecos, quien, a decir de algunos, era el mismo Ignacio de la Torre. El autor lo describe:

Inmensamente rico y desposado con una dama bellísima de noble alcurnia, era una de las figuras más prominentes de nuestra historia novelesca.

⁸ Si bien las interpretaciones tradicionales de la naturaleza del consumidor, en el cambio de siglo, nos quieren hacer creer que el consumidor ideal era una mujer de clase media alta, casada, la evidencia de la publicidad, novelas, diarios y correspondencia oficial sugiere que el ideal del comprador del México porfiriano era el lagartijo o varón elegante de las clases media y alta (traducción mía).

En Francia había causado la admiración de los parisienses, y allí, entre derroche y derroche en bacanales exóticas, aprendió mucho, muchísimo, de la más desenfadada prostitución. (115)

Macías-González también se ocupa del yerno del Presidente: “Ignacio de la Torre y Mier, the homosexual son-in-law of Porfirio Díaz, surrounded himself with young, handsome, blond European male servants” (240).⁹

Con insistencia nos hemos referido al influjo de la cultura francesa y ello es debido al gran contacto que se tuvo a través de los constantes viajes que hacían los mexicanos adinerados. De la postrimería del siglo XIX en Francia, Graham Robb señala:

A pesar de la amenaza que las campañas policiales implicaban, había una comunidad homosexual próspera con un sentido muy politizado de sus derechos sexuales, un calendario de eventos y aniversarios, sus propios villanos y leyendas vivientes, clubes sociales con vínculos internacionales, cafés y burdeles y una bien establecida red de lugares de encuentro con patrullas organizadas. (46)

En el caso de México, los aristócratas solían alquilar casas regenteadas por alcahuetas para llevar a cabo fiestas privadas en las que en ocasiones se rifaba algún adolescente entre la concurrencia. El único testimonio del que tenemos referencia de esa época, es de Antonio Adalid, el cual fue uno de los asistentes del famoso baile, y años más tarde hizo confesiones a Salvador Novo, quien las consigna en *La estatua de sal* (1998). Novo, escribe:

La familia de Adalid era antigua y acaudalada en México. La Marquesa Calderón de la Barca menciona constantemente a la señora Adalid —abuela de Antonio—, y la hacienda Goicochea, San Ángel, que era de la familia, con muchas otras haciendas pulqueras. El emperador Maximiliano

⁹ Ignacio de la Torre y Mier, el yerno homosexual de Porfirio Díaz, se rodeó de sirvientes jóvenes, guapos, rubios y europeos (traducción mía).

había nombrado caballerango suyo a don José Adalid, padre de Antonio. (108-109)

El propio Antonio Adalid dice a Novo que en esos tiempos: “Había alcahuetes que procuraban muchachos para la diversión de los aristócratas” (109). Según cuenta Novo, Adalid compró a un hermoso joven, que también se llamaba Antonio, puesto en remate al mejor postor, y que no llegaba ni a los veinte años. Con el escándalo Adalid fue desheredado, se refugió en San Francisco, California, donde vivió muchos años al lado de Antonio, el joven. Regresó a México después de que sus padres, ya muertos, lo habían perdonado y restituido en sus derechos de heredero de una cuantiosa fortuna (109-110).

Pero la homosexualidad no era exclusiva de la burguesía, existía toda una red de entendimiento y de complicidades con otras clases sociales donde los alcahuetes servían de intermediarios, había lugares de encuentro como el bulevar de Plateros, así como prostitución en calles y cantinas:

Parece haber existido cierta forma de comunidad homosexual en todas las ciudades lo suficientemente grandes para proporcionar cierto anonimato. Los homosexuales del siglo XIX vivían bajo una nube, pero rara vez les llovía. La mayoría sufría, más que de la cruel maquinaria de justicia, de un sentido sinuoso de vergüenza. (Robb 47-49)

Lo que también es cierto es que la experiencia erótica siempre ha borrado las diferencias sociales: “En las orgías de los saturnales se invertía el orden social mismo, con el amo sirviendo al esclavo y éste acostado en el lecho de aquél” (Bataille 119). El baile de los 41 es una muestra en que los desiguales se vuelven iguales, pero como al término del carnaval, la redada los volvió a colocar en su justo lugar ante la sociedad y la justicia. Mientras los ricos fueron exonerados y enviados por sus familias al extranjero, a los pobres los mandaron, como castigo, a realizar trabajos forzosos a las haciendas henequeneras del estado de Yucatán. Esta experiencia de la borradura social en el siglo XIX la señala Graham Robb:

Por toda Europa y los Estados Unidos, era común que hombres de clase media tomaran un amante de la clase obrera. Las diferencias de clase —como las diferencias de religión y raza— eran hechas a un lado más que abolidas por el deseo. La “igualdad” podía ser desesperadamente tediosa. (220)

En México, como botón de muestra, se encuentra el caso de Antonio Adalid y Antonio, su joven amante, comprado en la subasta de la fiesta exclusiva, cuya relación, más allá de las diferencias sociales, duró muchos años.

En este breve repaso hemos visto cómo, a finales del siglo XIX, los jóvenes aristócratas homosexuales, antes de la redada, eran apodados o conocidos como pollo, dandy o lagartijo, pero a partir de la detención los apelativos humillantes crearon también una taxonomía y con ella toda una clasificación en el imaginario popular influido por la prensa. En adelante serán conocidos y nombrados como jotitos, maricones, mariquitos, jotones, ajembrados, perjumaos (así les decían los soldados en el cuartel), afeminados, pederastas, mariquitas, y así inició la homofobia sin distinción de clases sociales. El oprobio de la homosexualidad volvió iguales a ricos y pobres.

ALCAHUETES Y PROSTITUCIÓN

En la red de complicidades respecto a las prácticas homosexuales a finales del XIX nos encontramos con un elemento un tanto escurridizo: la prostitución. Es sabido que desde la antigüedad los varones han vendido favores sexuales. En *Extraños amores homosexuales en el siglo XIX*, Graham Robb documenta ampliamente lo común y extendida que era la prostitución masculina en Europa a lo largo del siglo XIX:

Había más casas de citas homosexuales en Londres a principios del siglo XIX que burdeles masculinos a principios del siglo XX. Pero siempre había alternativas disponibles. En Europa y los Estados Unidos, las casas de baños ofrecían sexo y compañía y por lo común eran más seguras que los burdeles. (205)

Sobre la prostitución en México durante la época que nos ocupa, la novela *Santa* (1903), de Federico Gamboa, con un argumento de orden naturalista, narra las vicisitudes de una hermosa joven campesina que, al perder la virginidad, se ve obligada a dedicarse al oficio de la prostitución en el burdel de mayor importancia de la Ciudad de México. En la novela, asistimos a la decadencia y caída de la joven prostituta que rueda al abismo sin que nada ni nadie la pueda detener. Por la narración nos enteramos de la gran cantidad de casas de cita que existían en toda la ciudad, desde las más refinadas —adonde acudían los ricos y personalidades públicas— hasta míseros e inhóspitos burdeles. También da cuenta del riguroso registro de salubridad a que eran sometidas las prostitutas.

Respecto de la prostitución masculina, sólo contamos con un testimonio y conjeturas no alejadas de una realidad. El primero, que corresponde a Antonio Adalid, es breve, pero por demás revelador: “Había alcahuetes que procuraban muchachos para la diversión de los aristócratas” (Novo 109). Es obvio que los alcahuetes desempeñaban el mismo papel que los regenteadores o proxenetas de las casas de citas, y que la diversión consistía en los favores sexuales de los muchachos a los jóvenes adinerados. Otro dato es el jovencito subastado en la rifa del baile de los 41, lo que infiere que era algo común que ocurría en esas fiestas, y que los jovencitos acudían con conocimiento de causa a cambio de la remuneración económica, que es otra forma de prostitución. Corroborar esta hipótesis la nota publicada el 23 de noviembre de 1901, referida a los concurrentes al famoso baile: “Muchos de ellos son simples vagos, canallas que ansiosos de placeres y repugnando al trabajo encuentran más hacedero ceder a las caricias infames de un senil corrompido para lucir trajes ricos y vagar de fiesta en fiesta” (*El Universal* 23 de noviembre de 1901).

Otra pieza clave es la entrega de invitaciones a jóvenes en cantinas y calles para los bailes en los que el travestismo era común. La desigualdad social y económica de la que hemos hablado nos hace suponer que por convicción o por necesidad, el ejercicio de la prostitución masculina era moneda de cambio usual. Mientras que en México no encontramos estadísticas ni datos que corroboren cabalmente nuestra tesis, Graham Robb, entre otros muchos datos sobre la prostitución masculina en Europa, señala que:

A finales de siglo, la prostitución masculina homosexual en Berlín representaba cerca del 20% total de la prostitución: un berlinés homosexual tenía en proporción cinco veces más para elegir que prostitutas un berlinés heterosexual. La prostitución homosexual, tanto masculina como femenina, se mencionaba a menudo como un hecho común de la vida urbana, no sólo en las grandes ciudades sino también en lugares que no eran considerados como hormigueros del vicio: Burdeos, Tolosa, Turín, Zúrich, Breslau, Sofía, Dublín, etc. (204-205)

Después de leer lo anterior, me pregunto por qué México iba a escapar a este fenómeno tan generalizado en los países con los que tenía una gran cantidad de relaciones comerciales y diplomáticas, aunado a que el intercambio de viajeros entre los dos continentes era más que frecuente. Si por la información con que se cuenta no resulta contundente la práctica de la prostitución masculina en México a finales del siglo XIX, al menos se abrió una ventana que deja ver parte de un paisaje de mayor riqueza.

HOMOSEXUALIDAD EN PRISIÓN

Antes de 1901, el testimonio más importante sobre la homosexualidad en el México finisecular lo encontramos en las crónicas que escribiera Heriberto Frías en 1895, en la Cárcel de Belem, así como el libro *Los criminales en México* (1904), de Carlos Roumagnac. Mílada Bazant señala que: “Para tratar de indagar sobre la homosexualidad en esa época el investigador tiene que hacerlo indirectamente; es decir, acudir a los archivos de la cárcel o al del manicomio” (14). El historiador Pablo Piccato, quien ha estudiado y publicado trabajos sobre la criminalidad en México en los siglos XIX y XX, en el artículo “Interpretations of sexuality in México city prisons”, transcribe un párrafo de las crónicas de Frías en las que describe a los “jotos”:

Abundan estos hombres afeminados en Belem en el patio de años donde, no obstante que se les desprecia, viven con costumbres enteramente

femeniles. Tienen la voz tipluda y dan a sus frases una entonación de mujer melindrosa o asustadiza; afectan contorsiones nerviosas —oh, muchos las tienen por naturaleza—, visten lo más aproximadamente que les es posible conforme a trajes femeninos; llevan alias de prostitutas como; la Diabla, la Pancha, etc., y se dedican a planchar, lavar, tejer, bordar y guisar. (259-260)

Según documenta Ernesto Reséndiz Oikión, Heriberto Frías, encarcelado en Belem, envió quince crónicas para *El Demócrata*, entre el 3 de abril y el 18 de junio de 1895, bajo el título “Desde Belem”. Reséndiz transcribe la del 17 de abril, titulada “Los celos del presidio”, con el subtítulo “Una tragedia”:

Parecerá increíble que los hombres se cosan a puñaladas por celos de otro hombre a quien aman con abominable y exótico amor; pero aquí suele suceder. Ayer nada menos se desarrolló una tragedia en el Patio de talleres en el lugar llamado el Patiecito. La Cubana es el apodo, el nombre de combate de un hombre que despertó las pasiones de otros colegas de cárcel, entre ellos las de Juan Bobadilla y Juan Rodríguez, y tal punto su amor fue, que resolvieron ambos dar fin a sus rivalidades batiéndose a cuchilladas a las seis y media de la mañana, con fatal resultado para el primer Juan, cuya carne recibió la desagradable visita del puntiagudo cuchillo del Juan segundo. (2)

Este breve texto es por demás significativo, Frías es testigo y cronista del drama de un triángulo amoroso entre hombres, cuya pasión la llevan al límite de la muerte misma. Aquí no hay denostación, sino el asombro ante los sentimientos homoeróticos que pueden provocar la violencia más natural del hombre que defiende —sin importar perder la vida— el objeto de su amor, así sea otro hombre. Bataille escribe que: “El impulso del amor, llevado hasta el extremo, es un impulso de muerte” (46). Pablo Piccato señala que en la vida carcelaria era común el sexo en el que a veces se involucraba dinero, violencia y protección: “Violence, therefore, was a natural companion to

male homosexuality. Rape, in particular, seemed the defining practice of ‘el infierno de los homosexuales’ in Belem” (259).¹⁰

Carlos Roumagnac, cuyos trabajos se consideran pioneros en criminología en México, a través de numerosas entrevistas que realizó a los prisioneros de la Cárcel de Belem, estableció una clasificación para quienes ejercían prácticas homosexuales. Entre las preguntas que les hacía estaban las referidas a la masturbación, prácticas de sexo oral y anal. Con base en los resultados de las entrevistas y los hábitos sexuales de los presos fueron clasificados como “caballos” los pasivos y “mayates” los activos. De acuerdo con Antoine Rodríguez, los trabajos de Roumagnac, así como las crónicas de Frías: “Contribuyen a difundir masivamente el estereotipo del homosexual pervertido que paulatinamente va a impregnar el imaginario colectivo” (2).

Tanto las crónicas de Frías, los estudios de criminalística y las investigaciones posteriores arrojan el mismo resultado: a finales del siglo XIX en la Cárcel de Belem, las prácticas homosexuales eran parte de la vida cotidiana, sin subterfugios y ante la mirada de todos; el amor, las pasiones, la violencia, el travestismo formaban parte de las estructuras de poder y de sexo en la comunidad carcelaria.

CONCLUSIÓN

A lo largo de este trabajo nos hemos asomado a las últimas décadas del siglo XIX en México, periodo conocido como el Porfiriato, por la larga estancia en el poder del general Porfirio Díaz. Aún en nuestros tiempos esta etapa sigue siendo polémica y objeto de controversias. Si por un lado es contundente el enorme trabajo de modernización y de construcción que se hizo en todo el territorio nacional —la pacificación del país, la bonanza comercial con la llegada de capitales extranjeros, los vertiginosos cambios en la vida cotidiana con los

¹⁰ La violencia, por lo tanto, era la compañera natural de la homosexualidad masculina. La violación, en particular, parecía la práctica por definición de “el infierno de los homosexuales” en Belem (traducción mía).

nuevos medios de comunicación y transporte bajo el lema “Orden y Progreso”—, por otro lado, crecía desmesuradamente la desigualdad económica y social que desembocaría en la revolución de 1910. Todo lo anterior tuvo una gran incidencia en los cambios de las estructuras sociales, dentro de las cuales nos hemos acercado a un tema que fue tabú: la homosexualidad. Mientras que en Europa ya se realizaban y publicaban numerosos trabajos al respecto, en México se mantenía la política del silencio, mas no así de la práctica. Con los documentos analizados las conclusiones son irrefutables: la homosexualidad se ejercía desde los hombres más prominentes, que efectuaban fiestas clandestinas con la participación de otros sectores de la población, hasta en las cárceles. Lo que nos da la idea de la compleja red que existía en esta comunidad extendida en la que no faltaba el alcahuete y la prostitución. Esta aparente libertad en la que vivían los homosexuales a finales del siglo XIX terminó de manera abrupta y dramática con la famosa redada de 1901. A partir de ese momento la historia fue diferente; a los hasta entonces no nombrados se les etiquetó en el imaginario popular de la forma más abyecta con apelativos denigrantes. De la libertad se pasó al señalamiento, de la fiesta al drama, del silencio a la injuria pública, de la complicidad soterrada a la mirada acusatoria y de la tolerancia simulada a la homofobia declarada.

BIBLIOGRAFÍA

- Bataille, Georges. *El erotismo*. México: Tusquets, 2008.
- Bazant, Mílada. “Crónica de un baile clandestino.” *Documentos de Investigación*. México: El Colegio Mexiquense, 2005.
- Brito, Alejandro. “Prólogo.” *Que se abra esa puerta. Crónicas y ensayos sobre la diversidad sexual*. México: Paidós, 2010.
- Buffington, Robert. “Homophobia and the Mexican Working Class, 1900-1910.” *The Famous 41. Sexuality and Social Control in Mexico, 1901*. Eds. Robert McKee Irwin *et al.* New York: Palgrave MacMillan, 2003.
- Castrejón, Eduardo. *Los Cuarenta y uno: novela crítico-social* (selecciones). *The Famous 41. Sexuality and Social Control in Mexico, 1901*. Eds. Robert McKee Irwin *et al.* New York: Palgrave MacMillan, 2003.

- Cosío Villegas, Daniel, coord. *Historia general de México*. México: El Colegio de México, 1986.
- Cuellar, José Tomás de. *Ensalada de Pollos*. México: Porrúa, 1986.
- Cuellar, José Tomás de. *Historia de Chucho el Ninfó*. México: Porrúa, 1975.
- Delgado, Rafael. *Los parientes ricos*. México: Promexa, 1979.
- Gamboa, Federico. *Santa*. México: Promexa, 1979.
- González, Luis. "El liberalismo triunfante." *Historia general de México*. México: El Colegio de México, 1986. 897-1016.
- Gutiérrez, León Guillermo. "El cuerpo urbano y las calles de la piel en *El diario de José Toledo*." *Tema y Variaciones de Literatura* 34 (2010): 165-175.
- Lerdo de Tejada, Sebastián. *Memorias* (fragmento). Vicente Quirarte. *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México 1850-1992*. México: Cal y Arena, 2004.
- Macías-González, Víctor M. "The Lagartijo at The High Life: Masculine Consumption, Race, Nation, and Homosexuality in Porfirian Mexico." *The Famous 41. Sexuality and Social Control in Mexico, 1901*. Eds. Robert McKee Irwin et al. New York: Palgrave MacMillan, 2003. 227-249.
- McKee Irwin, Robert et al. "Sexuality and Social Control in México, 1901." *The Famous 41. Sexuality and Social Control in Mexico, 1901*. Eds. Robert McKee Irwin et al. New York: Palgrave MacMillan, 2003. 1-18.
- McKee Irwin, Robert. "The Centenary of the Famous 41." *The Famous 41. Sexuality and Social Control in Mexico, 1901*. Eds. Robert McKee Irwin et al. New York: Palgrave MacMillan, 2003.
- Mondimore, Francis Mark. *Una historia natural de la homosexualidad*. España: Paidós, 1998.
- Monsiváis, Carlos. "Los iguales, los semejantes, los (hasta hace un minuto) perfectos desconocidos. (A cien años de la redada de los 41)." *Que se abra esa puerta. Crónicas y ensayos sobre la diversidad sexual*. México: Paidós, 2010. 77-107.
- Novo, Salvador. *La estatua de sal*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998.
- Piccato, Pablo. "Interpretations of sexuality in Mexico City prisons: A critical version of Roumagnac." *The Famous 41. Sexuality and Social Control in*

- Mexico, 1901*. Eds. Robert McKee Irwin *et al.* New York: Palgrave MacMillan, 2003.
- Quirarte, Vicente. *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México 1850-1992*. México: Cal y Arena, 2004.
- Reséndiz Oikión, Ernesto. “Los personajes homosexuales en la cárcel de Belem de Heriberto Frías”. <<http://mesterdejoteria.blogspot.mx/2011/01/heriberto-frias-cronicas-de-la-carcel.html>>. Fecha de consulta: 18 de julio de 2013.
- Robb, Graham. *Extraños amores homosexuales en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 2012.
- Rodriguez, Antoine. “Estereotipos acerca del homosexual en los discursos institucionales mexicanos, finales del siglo XIX, principios del XX.” *Amerika* (2011): 1-19. <<http://amerika.revues.org/1946>>. Fecha de consulta: 18 de julio de 2013.
- Schuessler, Michael K. y Miguel Capistrán, coords. *México se escribe con J. Una historia de la cultura gay*. México: Planeta, 2010.
- Tablada, José Juan. *Las sombras largas* (fragmento). Vicente Quirarte. *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México 1850-1992*. México: Cal y Arena, 2004.

D.R. © León Guillermo Gutiérrez, México, D.F., enero-junio, 2014.

RECEPCIÓN: Agosto de 2013

ACEPTACIÓN: Febrero de 2014